

Aniceto Rodríguez Arenas*

Una cumbre para el hombre

Durante un tiempo prolongado la dirigencia mundial se preocupó de aplicar políticas económicas que resolvieran o atenuaran la crisis que afecta a los países en desarrollo que aún no llegan a metas razonables para dar satisfacciones mínimas a sus comunidades nacionales. Las orientaciones básicas fueron dictadas por instituciones mundiales como el FMI y el Banco Mundial, organismos que tradicionalmente imponen fríos esquemas omitiendo las dramáticas realidades sociales de los países que reciben sus recetas. Sólo muy recientemente y ante el justificado reclamo internacional, dichas instituciones empezaron a modificar sus rígidas políticas para entrar a considerar también programas de desarrollo social.

Es fácil desde centros de poder del mundo industrializado dictar normas económicas que pueden ser eficaces para disminuir procesos de inflación, reordenar el gasto público, lograr equilibrios presupuestarios y mejorar balanzas comerciales, además de promover una necesaria corriente de inversiones, medidas todas que compartimos por plausibles y necesarias. Pero si ellas no se compatibilizan con el drama humano y social de muchos millones de seres que no tienen acceso a la vivienda, salud, educación y al empleo, resultan medidas que permanecen sólo en la superficie de las sociedades para manejo de expertos y visibles sólo en la cúspide de la macroeconomía, sin que logren la adhesión y el afecto de aquellas grandes masas pauperizadas.

Surge así el desafío de cómo compatibilizar el desarrollo económico con el desarrollo social.

La percepción de este problema condujo al Presidente de Chile, Excmo. Señor Patricio Aylwin, a plantearlo en el 45° período de sesiones de la Asamblea General de Naciones Unidas. En su parte per-

tinente sostuvo que: "...La situación social del mundo es, a nuestro juicio, el problema más apremiante a resolver pues hace peligrar la estabilidad internacional. Se requiere de manera urgente dar contenido a una justicia social internacional para impedir que las dificultades económicas en los países menos adelantados se sigan trasladando al ámbito político afectando los procesos de modernización económica y democratización de la política"... Por ello debemos abordar los asuntos sociales desde una perspectiva global interconectada, dando a la salud, la educación, a la vivienda, al empleo, al papel de la mujer, al desarrollo de la juventud y a otros temas vinculados la prioridad que requieren."

Por su parte, el Ministro de Relaciones Exteriores chileno, Enrique Silva, afirmó también en la ONU que la restauración de la democracia en los países en desarrollo no ha tenido correlato en el campo de la igualdad y la justicia social. Añadió que el "costo social del cambio político y de los ajustes económicos ha ocasionado un alarmante deterioro en los niveles y en la calidad de vida de muchas regiones del mundo, particularmente en los países en desarrollo". Finalizó señalando que para encarar todos estos problemas "no existe un foro multilateral alternativo al de la ONU".

Con esta línea de pensamiento el representante de Chile ante la ONU y Presidente del Comité Social, Embajador Juan Somavía, concretó esta iniciativa precisando que "colocar al ser humano en el corazón de Naciones Unidas es una gran tarea histórica. Ello no ocurrirá de un día para otro. Será un proceso largo y dificultoso. Pero es un objetivo por el cual vale la pena luchar y enfrentar las inevitables dificultades... Ello me lleva a pensar que debiéramos reflexionar sobre la posibilidad de convocar a una Cumbre Mundial para el Desarrollo Social. Una Cum-

bre que colocará al ser humano y sus necesidades sociales en el corazón del quehacer de Naciones Unidas. Una cumbre bien preparada, técnica y políticamente, en donde los gobiernos definan, de común acuerdo, líneas de acción y cooperación internacional prioritarias en materia social".

El Consejo Económico y Social acordó en Mayo de 1991 solicitar al Secretario General que realizara consultas con los Estados Miembros sobre la factibilidad de convocar a dicha Cumbre y presentar un informe sobre la materia a la sesión ordinaria del Consejo en 1992. El Secretario General encargó al propio Embajador Somavía celebrar consultas en su nombre y recoger opiniones acerca de esta trascendente propuesta, afirmando que "...la guerra contra el hambre, la enfermedad, el analfabetismo y el desempleo no puede dejarse a cargo del mercado... Creo que la idea es oportuna y ayudaría a ubicar al ser humano en el centro del desarrollo.."

Con esta proyección previa, en el 46° Período Ordinario de Sesiones de la ONU (1991), se aprobó el proyecto presentado por Chile con el copatrocinio de 73 países titulado "Desarrollo Social". Como objetivo inmediato, la resolución "insta a los gobiernos a que cooperen plenamente con el Secretario General y su representante especial en el proceso de consultas en torno a la idea de convocar a dicha Conferencia Mundial". El Consejo de Seguridad en la Reunión Cumbre del 31 de Enero último, señaló que "la ausencia de guerras y conflictos militares entre Estados no asegura por sí misma la paz y la seguridad internacionales. Las causas no militares y de inestabilidad en las esferas económica, social, humanitaria y ecológica se han convertido en amenaza para la paz y la seguridad internacionales." A dicha Cumbre concurrió el Presidente de Venezuela, Excmo. Señor Carlos Andrés Pérez, quien sostuvo que "la Cumbre Mundial de Río sobre Desarrollo y Medio Ambiente, puede ser un primer escenario de la democratización de las relaciones internacionales y del papel que a partir de ahora deben tener las relaciones entre el Norte y el Sur. A esta Cumbre Mundial debe seguir la Cumbre sobre Desarrollo Social si queremos ser consecuentes con los propósitos que enunciamos..!"

Hasta aquí los fundados antecedentes de una iniciativa que denominamos "Una

* Embajador de la República de Chile

Cumbre para el Hombre". Queremos difundirla mayormente para ganar opiniones a su favor en los medios sociales, políticos, culturales, universitarios y analistas de asuntos internacionales, a quienes anticipadamente pedimos su valiosa colaboración para comprometerlos a programar foros, paneles y reuniones de análisis de un tema tan trascendente que asume particular interés para nuestra quemante realidad latinoamericana.

Una Cumbre al servicio del hombre común, de las gentes innominadas, adquiere hoy más relevancia aún ante los profundos cambios en la vida internacional al desaparecer la bipolaridad y ponerse término a la guerra fría, hechos que necesariamente liberan recursos gigantescos destinados a gastos militares que pierden ahora la prioridad de un mundo que hasta ayer estaba confrontado. Aquella política se multiplicaba en cadena en virtud que cada potencia arrastraba a los países de su órbita a contemplar también ingentes recursos para mantener costosas estructuras militares. Hoy en día se asiste a una distinta realidad. Para empezar, los Estados Unidos reducen sus Fuerzas Armadas en un 25% y se estima que la antigua Unión Soviética reducirá su Ejército Rojo en no menos de un 50%. Son los llamados dividendos de la paz. Las grandes potencias, entre las que deben incluir-

se la CEE y Japón, coinciden en que ya pasó la hora de entregar financiamiento para gastos militares a los países en desarrollo en menoscabo del gasto social. Ha correspondido al ex-Ministro de Defensa de los Estados Unidos y ex-Presidente del Banco Mundial, Robert Mc Namara, expresar la contradicción evidente entre gasto social y gasto militar afirmando que en el año 1988, los militares absorbieron 170 mil millones de dólares en el conjunto de países en vías de desarrollo, cantidad apenas inferior al gasto conjunto destinado a educación y salud. A simple vista resulta evidente una desproporción del todo injusta.

Resultaría una mala interpretación de este análisis pensar que con él se asume una posición anticastrense. Aquello está muy lejos de nuestro ánimo, pues es evidente que las FF.AA. pervivirán por mucho tiempo para cumplir objetivos nacionales. Pero en cada país tendrán que reducirse modernizando su nivel técnico y cambiando cantidad por la calidad en sus equipos y estructuras. Lo cierto es que allí está presente, como hecho porfiado, un nuevo y largo período de paz en cuyo decurso el gasto militar pasará a ser un elemento adjetivo, no ya sustantivo, asumiendo lo social una prioridad esencial.

Esta nueva situación mundial que atenúa las necesidades militares, revierte los problemas de ayer: ahora no es la amenaza exterior la que afectará la seguridad de las naciones, sino masivas rebeliones internas motivadas por aspiraciones colectivas que encuentran su detonante en los grandes bolsones de pobreza y marginalidad como realidades degradantes a las que no son ajenos los países latinoamericanos. En efecto, en 1990 América Latina y el Caribe registraban estadísticas pavorosas: 204 millones de pobres con un 40% de hogares que no consumen el mínimo de calorías necesarias; de 12 millones de niños nacidos al año, más de 700 mil mueren antes de los 12 meses; la tasa de deserción de la escuela primaria es del 15% (mayor que las de Africa y Asia); sobre el 30% de la fuerza laboral está afectada por el desempleo y subempleo; el 68% de las viviendas son clasificadas como inadecuadas.

Son cifras dramáticas dignas de enfocarse con mayor preocupación y que imponen a gobernantes y dirigentes de todas las esferas la obligación de programar soluciones a corto y mediano plazo para impedir que estalle el volcán de insatisfacciones incontrolables. Se trata no sólo de un problema de seguridad del Estado, sino de principios éticos insoslayables que deben estar en la conciencia de quienes administran el poder en variados niveles de los sectores público y privado.

Como contrapartida positiva, surgen otras cifras extraordinariamente favorables para los países de la región: América Latina y el Caribe, representan sólo el 8% de la población mundial, hecho que conduce a hablar de un continente vacío, poblado mayormente en las orillas de los océanos, sin desarrollo territorial interno, asimetría demográfica que debe corregirse. Cuenta con el 23% del total de la tierra potencialmente arable; el 23% de los bosques y un 46% de las selvas tropicales; con un 31% del agua superficial utilizable y cerca del 20% del potencial hidroeléctrico mundial. En Sud América se encuentran las tres más grandes hoyas hidrográficas del mundo con las redes fluviales del Orinoco, el Amazonas y Río de la Plata. Disponemos de todas las materias primas imaginables. En suma, es un patrimonio regional nada despreciable. Sin embargo, no se trata de atiborrarnos con cifras negativas o positivas. El problema es cómo desarrollamos esos riquísimos recursos para atender las demandas propias del gasto social. Ese es el desafío que compete tanto a la dirigencia de los países en desarrollo como del mundo industrializado. Esta toma de conciencia debe madurar más aún para que esta Cumbre Mundial programada para años próximos logre éxito y decisiones eficaces. Esa meta no impide que los programas de desarrollo social se programen o profundicen en nuestros países como ya ocurre con algunos estados del Grupo de Río. Por nuestra parte, en Chile ya empezamos la tarea aplicando programas para saldar la deuda social de cinco millones de pobres.

Finalmente, debe entenderse que crecer con equidad social es contribuir al desarrollo, y que una democracia cada vez más participativa convierte al hombre de simple objeto en un ser protagonista que se integra racional y patrióticamente a los afanes de progreso de su país.

